

LA PEÑA NEGRA

El islote se divisaba a lejos en la línea del horizonte. Era difícil verlo, sólo en días totalmente despejados como éste y desde lo alto del Faro donde ahora se encontraba, disfrutando de la vista y de la soledad. Se levantó sin pereza cuando su padre, mecánico en el puerto deportivo de la localidad y encargado del mantenimiento del faro, la invitó a acompañarle.

-Han pasado varias tormentas con mucho aparato eléctrico, y aunque no se han disparado las alarmas quiero ir a asegurarme de que todo anda bien por ahí arriba.

Cuando esto sucedía y además caía en sábado Inés corría, se levantaba, se aseaba y desayunaba en cinco minutos para que su padre no tuviera que esperar. Ir a visitar el faro era todo un acontecimiento, mas aún sabiendo que ella era una de las pocas privilegiadas que podía subir hasta arriba y entrar en la sala donde estaba el potente foco que lanzaba destellos por la noche para guiar a las embarcaciones e impedir que encallaran en la zona rocosa de esa parte de la costa. La zona era peligrosa puesto que las playas a ambos lados eran de arena suave, pero de repente una zona de rocas escarpadas emergía de las aguas como un monstruo y se sucedía hasta unos millas de la costa y aunque los barcos llevaban toda clase de radares y sónares para detectar lo que había en el fondo, mas de uno había chocado y agujereado el casco por llevar los aparatos desconectados o porque los capitanes eran demasiado imprudentes u osados.

Inés miraba hacia la pequeña isla como hipnotizada, desde tierra firme no se veía y sólo desde los cincuenta metros de altura del faro era capaz de divisarlo justo en el límite de las 20 millas de alcance. Tomó los potentes prismáticos que siempre estaban allí para controlar el paso de los barcos, los enfocó hacia el peñasco y fue observando. Lo que vio corroboraba lo que le comentaban sus padres y otros adultos que habían navegado con sus barcas de pesca o de recreo hasta La Peña Negra (ese era el nombre). Una sucesión de rocas de mayor o menor tamaño que sobresalían del agua, todas muy escarpadas, con afiladas aristas, y de repente una masa de piedra muy oscura que se elevaba al menos cien metros sobre el nivel de las aguas. La mole no tenía ninguna vegetación y solo algunas aves se posaban sobre ella para descansar en sus vuelos migratorios. Hasta el momento nada que no hubiera visto otras veces. Siguió observando a través de los prismáticos porque no sabía el motivo pero la mini isla le producía admiración, muchas veces pidió que la acercaran hasta ella, pero no consiguió que la llevaran ya que la travesía aunque corta resultaba peligrosa por la abundancia de rocas semisumergidas, las corrientes traicioneras que se daban en ese enclave y el fuerte oleaje que en cualquier momento podía volcar la embarcación de pequeñas dimensiones necesaria para llegar hasta ella. Vio las formas irregulares y sugerentes de la piedra, por allí una columna, un pan enorme, la silueta de un gato, el perfil de una cara, el brillo de una antena ...

-¡El brillo de una antena! No es posible, he mirado el islote muchas veces y ahí nunca he visto nada.

Sorprendida Inés enfocó mejor los prismáticos y volvió a mirar hacia el punto exacto donde estaba el brillo o reflejo y esta vez no vio nada.

-No puede ser estoy segura, ahí brillaba una antena y ahora ha desaparecido.

Bajó corriendo del faro y por el camino fue mandando whatsapps a sus amigas, Montse y Clau, menuda noticia tenía que comunicarles, en la Peña Negra pasaba algo raro y ellas iban a descubrirlo.

El lugar de encuentro fue como siempre en el Paseo Marítimo frente al monumento Alfa-Omega, una curiosa escultura de hierro que sobre el antiguo amarre de pescadores desafiaba al viento y a las olas y en verano servía de diversión a los niños y jóvenes que desde allí se lanzaban al mar.

-Chicas pensad y rápido, tenemos que llegar a la isla, conseguir que alguien nos lleve e inspeccionarla de arriba a abajo, las animó Inés.

Como las tres vivían en ese pueblo costero desde hacía años por el trabajo de sus padres, todas sabían manejar pequeñas barcas de vela y además Inés por la afición del suyo a navegar se desenvolvía bien con la lancha fuera borda propiedad de su familia. Pero una cosa es saber pilotarla y otra tener permiso para salir con sus amigas hacia un destino tan peligroso como el que ellas ansiaban.

Clau era una aventurera nata, de su mente surgían las ideas y los planes más atrevidos y descabellados, aunque claro la mayor parte de las veces irrealizables para unas adolescentes de 15 años. Montse mucho menos intrépida mostró sus reservas, pero poco a poco la semilla de la aventura fue germinando en su mente. Entre todas trazaron el plan. El domingo sus padres se reunían para hacer una barbacoa en un monte cercano, ellas dirían que estaban invitadas al cumpleaños de una amiga y que preferían eso a estar "in family". Inés se haría con las llaves de la lancha y del amarre y en cuanto tuvieran vía libre partirían hacia la isla, navegarían despacio para evitar los rocas del fondo y además ella tenía un plano detallado de la costa donde estaban reflejadas todas y cada una de ellas.

Y llegó el domingo, las familias no sospecharon nada del plan de sus hijas, lo entendieron porque a esa edad es normal que prefieran estar entre amigas. En cuanto sus padres salieron con los coches, las parrillas, la carne, el carbón para la barbacoa, las ensaladas, bebidas, mesas, sillas y toda la parafernalia de un día de pic-nic ellas acudieron al puerto.

El día pintaba genial, sol, nada de viento, mar en calma. Embarcaron con rapidez y disimulo para no levantar sospechas entre los demás patrones que empezaban a salir a disfrutar del mar. Iban bien pertrechadas como intrépidos marinos, protegidas para el sol, con agua y provisiones, los prismáticos que tomaron prestados del faro, los móviles cargados y en fundas de neopreno por si se mojaban, etc.

La travesía fue cómoda y rápida, viendo la facilidad con que sorteaban las rocas no acababan de entender las reticencias de los adultos para llevarlas hasta allí. Llevaban más de 15 millas de navegación y todo salía a pedir de boca. Clau se había asignado el puesto de vigía y oteaba el entorno sin descanso buscando posibles barcos mercantes o de pesca aunque Inés le insistía en que no era posible puesto que todos navegaban alejados de esa parte tan traicionera de la costa, al menos 25 millas mar adentro.

De repente una lancha fuera borda de silueta alargada, majestuosa y en extremo silenciosa y veloz se vislumbró a estribor acercándose al islote y desapareciendo como por arte de magia tras la zona más escarpada y peligrosa. Era tal la velocidad de la nave que apenas distinguieron nada más. No obstante ese descubrimiento no las disuadió de su empeño, al contrario sintieron unas ganas aun mayores de amarrar su barca y explorar el islote palmo a palmo para desentrañar el misterio. Primero una antena que aparece y desaparece y ahora una Corvette ZR48MTI, la fueraborda más cara y rápida del mercado por lo que Inés sabía de las revistas náuticas que compraba su padre.

La aproximación y el amarre de la lancha fue más difícil de lo que preveían, pequeñas rocas sobresalían del agua muy juntas unas de otras, sortearlas se hacía complicado y la roca se alzaba enorme sobre las aguas como cortada a cuchillo. Fueron rodeando la Peña Negra casi desesperadas por no encontrar ni una pequeña ensenada para tomar tierra, y de repente la vieron, en el interior de una pequeña gruta se adivinaba la forma alargada y de color azul oscuro de la fueraborda, casi invisible por su color y lo poco que sobresale del agua cuando está parada. Miraron hacía arriba, en la parte rocosa sobre la gruta y allí estaba la antena que se iba desplegando, alzándose al menos 30 metros sobre el suelo y con un dispositivo giratorio en el extremo de forma circular.

Ya tenían la confirmación de que allí pasaba algo rarísimo, según Montse lo más raro del "mundo mundial". Se aproximaron a la cueva con el motor parado y una rara mezcla de sentimientos de excitación, miedo, respeto, con la adrenalina corriendo por sus venas. Hicieron fotos con sus móviles tanto a la barca como a la antena que seguía erguida y emitiendo extraños sonidos. No dijeron ni una palabra, la sensación de miedo se iba apoderando de ellas, eran conscientes de haber descubierto algo extraño, extraordinario y quizás peligroso de verdad.

Y de pronto un sexto sentido las avisó de que tenían que salir a toda prisa y poner agua de por medio. Si alguien del interior se percataba de su presencia las consecuencias podrían ser irreparables, así que ya sin tomar precauciones para no ser vistas ni oídas Inés arrancó el motor y viró hacia tierra, comenzando a esquivar rocas a una velocidad impensable para una patrona de barca de 15 años sin licencia. Y todavía le dio más gas al motor cuando Clau le avisó de que unos hombres vestidos con monos negros y armados con pistolas habían aparecido sobre la roca junto al lugar que acababan de abandonar. La alerta fue mayor al percatarse de que la fueraborda Corbette también estaba arrancando y comenzando a maniobrar para tomar la misma dirección que ellas.

Su pequeña lancha de 4,5 metros de eslora y motor Yamaha de 100 CV poco podía hacer en alta mar frente a los 14 metros y los 1350 CV de sus perseguidores, pero en aquel recorrido sinuoso entre rocas ellas llevaban ventaja.

Al mismo tiempo y presas ya del pánico marcaron el 112 de Emergencias y como pudieron a gritos para hacerse oír entre el estruendo del motor a máxima potencia y de las olas que iban cobrando fuerza, y con las voces alteradas por los nervios explicaron quienes eran y el lío en el que se encontraban.

Afortunadamente vieron cómo iban ganando metros a la otra barca, advirtieron que ésta viraba y empezaba a dirigirse hacia mar abierto en cuanto el barco de los Guardacostas de la Guardia Civil se hacía visible.

Por fin las tres respiraron aliviadas, nunca en su vida se habían alegrado tanto de ver a las fuerzas de la ley y el orden. Poco a poco ambas embarcaciones se aproximaron y los guardias las ayudaron a subir a su nave y ataron y remolcaron la de las chicas.

Por ser una población pequeña todos se conocían y por supuesto sabían perfectamente quién era Inés porque continuamente merodeaba por el puerto para ver a su padre. En cuanto los guardacostas oyeron lo que ellas habían visto y con los detalles de las fotos dieron la señal de alarma y la orden de búsqueda de esa rápida, cara y exclusiva embarcación que estaban seguros no pertenecía a ningún puerto de la zona, además pidieron refuerzos para dirigirse a la Peña Negra y ver qué escondía en su interior.

Por fin en tierra pasaron por el mal trago de explicar a sus familias su aventura, empezando por la mentira de la fiesta de cumpleaños, la salida en barca sin permiso y hacia una zona prohibida por peligrosa, el descubrimiento de la magnífica fueraborda y de la antena y la persecución a la que se vieron sometidas, total cuatro cosillas de nada. Fue tal la estupefacción de sus progenitores y el alivio al verlas sanas y salvas después de semejante peligro que no fueron capaces ni de castigarlas. Además los Guardacostas les dijeron que las mantendrían informadas de cuanto encontraran en la Peña Negra.

En las siguientes horas el mar frente a las costas de Torredembarra se llenó de barcos de la Guardia Civil, tanto los habituales que continuamente veían navegar por la zona como pequeñas embarcaciones capaces de aproximarse hasta el islote. Llegó la noche y potentes focos iluminaron el mar y la isla. Algo grande pasaba allí pero todavía nadie sabía nada. Los torrenses acudían en masa a la playa y al puerto y comenzaron a llegar los medios de comunicación que con potentes cámaras con teleobjetivos pretendían ver, grabar o fotografiar

lo que acontecía 20 millas mar adentro ya que navegar por la zona quedó totalmente prohibido.

Al día siguiente lunes y antes de que saliera como noticia de apertura en todos los medios de comunicación a nivel nacional las citaron en el cuartel para explicarles. Allí acudieron ojeras y cariacontecidas esperando llevarse una reprimenda de las autoridades por haber montado semejante follón por nada, pero sintieron un gran alivio cuando recibieron felicitaciones por haber sido decisivas para desenmascarar a una peligrosa red de piratas marinos que tenían su base de operaciones delante de sus narices sin que nadie se hubiera percatado de ello.

Parece ser que habían elegido ese enclave por su cercanía a los puertos mercantes de Tarragona, Barcelona y Valencia, los de mayor actividad de España. Además la isla era casi inaccesible por la dificultad y el peligro de acercarse sorteando las innumerables rocas y sin lugares para amarrar y poder subir a tierra, salvo por la pequeña gruta bien camuflada que los piratas descubrieron. Así que instalaron una antena de gran potencia que interceptaba las comunicaciones de los barcos con el responsable del puerto donde les daban cuenta de las mercancías que transportaban, la Compañía Naviera propietaria y el destino de las mismas.

El "modus operandi" de los piratas era el siguiente; una vez conocidos estos datos seleccionaban aquellos con las cargas mas valiosas, esperaban a que los barcos navegaran por alta mar hacia sus destinos, bastante alejados de España para que no pudieran relacionarlos con su base de operaciones. En las islas de Chipre, Madeira, Madagascar y en puertos de países africanos y asiáticos, disponían de embarcaciones de gran potencia y prestaciones y de piratas con formación paramilitar y fuertemente armados con las que abordaban a los mercantes de noche, cuando la tripulación duerme o está con la guardia baja, relajados. Las operaciones eran rápidas. Tras el abordaje se ponían en contacto con las Empresas Navieras propietarias para comunicarles que tenían el control del barco y que o depositaban una gran cantidad de dinero en cuentas cifradas de paraísos fiscales como Las Bahamas, Barbados, Islas Caimán, Islas Vírgenes, etc, o no volverían a saber de sus naves, la carga y la tripulación. Parece que eran muy convincentes porque lograban que en cuestión de horas el dinero fuera ingresado en sus cuentas y desaparecían igual que habían llegado, de forma rápida y discreta, sin que hasta el momento hubieran dado con ellos.

En efecto, los guardias las felicitaron y les dieron las gracias pero al mismo tiempo les advirtieron de que nadie debía saber que ellas habían participado en el descubrimiento porque si eso se supiera no se veían capaces de protegerlas adecuadamente de una red que tenía sus tentáculos extendidos por tantos países.

-Bufff, menudo pastel hemos destapado, más valdrá que hagamos "mutis" y nadie sepa de nuestra aventura o no habrá sitio en este mundo para escondernos de estos peligrosos piratas.